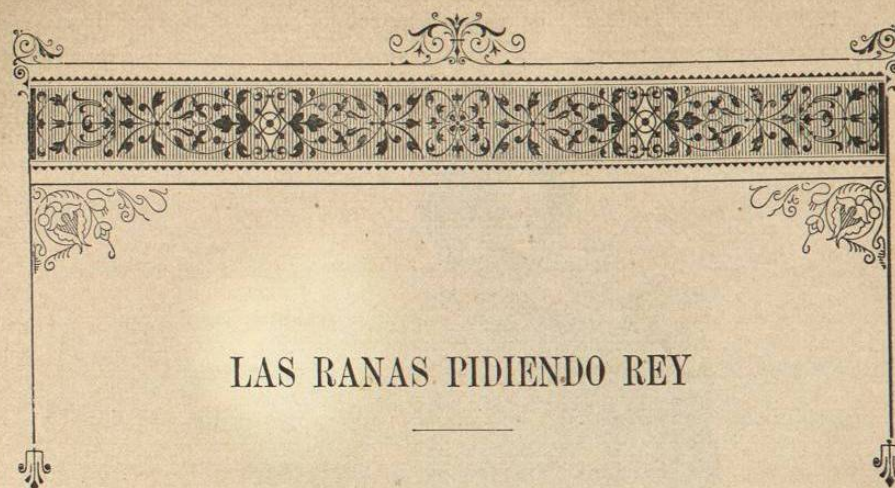


y que ha estimulado á los mismos mexicanos á abandonar su modorra. Todo eso consulté y además cuantos periódicos, relaciones y documentos de todas clases me vinieron á la mano, amén de las numerosas *respuestas de los prudentes* á quienes interrogué.

Quiera Dios que estudiando ese material haya logrado hacer algo que dé idea de un período sin igual en nuestra historia. Yo no aseguro haber contado sino con tres elementos para lograr ese resultado: mi infatigable amor al trabajo, mi ardiente curiosidad y mi absoluta buena fe.

V. S. A.



LAS RANAS PIDIENDO REY

CONFESIONES DE UNA AFRANCESADA

(1861-1862)

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Prolegómeno

DENERO 8 de 1861.

¿Que relate mi historia? ¿Que refiera el cuento, que no lo tiene, de todas mis desventuras?...

Poco espacio necesito para decir que soy la más infeliz de las mujeres; que he merecido me llamen *el rigor de las desdichas*, porque casi ninguna ha dejado de ocurrirme; y que mil veces me habría quitado la vida si no fuera por no dejar expuesta á las asechanzas del mundo á mi hija, á mi pobrecita Eugenia, á quien amo sobre todas las



cosas, aunque sólo sea por compensarle un poco mi culpa de haberle dado la vida... He llegado á algo peor que la pobreza, á algo más atroz que la escasez, y es la miseria fría é indecorosa, sin lumbre, sin vestidos, casi sin pan y sujeta á la bazofia que por vía de caridad me echa mi insigne cuñado.

Yo, nacida en el seno de una familia ilustre; yo, hecha á todas las comodidades de la vida; yo, dueña de una fortuna bien saneada, vivo ahora en un infecto cuarto de vecindad (Vergara, número 6, á la disposición de ustedes),

cercada de mujerzuelas de baja estofa, de chiquillos desvergonzados, de patanes apestosos á vinazo ó á pulque trasnochado, y, lo que es peor, de burguesas, mujeres de empleadillos ó de comerciantuelos con tienda abierta, que me miran con desdeñosa compasión...

Cierto que esas infelices con sus cincuenta ó sesenta duros de gasto mensual, son más dichosas que yo con la misma cantidad; y que ellas, con marido é hijos y sin ver un centímetro más allá de sus narices, sienten las penas menos que yo; pero eso no quita que su aire de suficiencia me moleste como si fuera una ofensa personal.

Y hoy, ocho de Enero, mi tristeza crece y como que se redobra al recordar que este día es aniversario de los acontecimientos más importantes de mi vida: mi nacimiento, mi matrimonio y mi llegada á aquel grande y maravilloso París, que tengo grabado con caracteres de fuego en la imaginación.

El libro de edades que guarda mi familia, asegura que vine al mundo á los tres cuartos para las nueve de la noche del ocho de Enero de 1831; en estos momentos cumplo, pues, treinta años y doblo el cabo tormentoso de la vida mujeril; pero quede esto entre nosotros, pues la verdad es que guardo un poco de coquetería en tan importante asunto, y que, en opinión de las gentes, no paso de los veinticuatro. Me ayudan maravillosamente para obtener este resultado mi cuerpecillo esbelto, mis ojos

azules (víctimas ¡ay! de tantos madrigales) y sobre todo mi tez resplandeciente, que unos comparaban á la del albérchigo maduro, mientras decían otros que parecía lámpara de alabastro iluminada por una flama rosada...

Así será; pero si he de decir la verdad, esa tez, lo mismo que otras pequeñas perfecciones de que no me envañezco, pero que sí necesito reconocer, la debo á mi familia, en cuyo seno no se recuerdan las caras arrugaditas como pasas, ni las carnes flácidas y colgantes, ni los párpados caídos y como enrollados, ni ninguno de esos signos de decadencia que desgraciadamente aquejan al resto de los humanos. Mi tía, sor Catalina de la Transverberación de Santa Teresa, alcanzó casi un siglo de vida, y, sin embargo, estaba tan entera y briosa como una mujer de cuarenta años, al grado que se pensaba la había guardado así la ejemplarísima y singular vida que llevó.

Claro es que yo tengo en mi pasivo un argumento formidable, y es la presencia de Eugenia, que depone en contra mía con altísimas é inteligibles voces; pero me doy mis mañas para aníñar más á la niña, y aunque tiene los catorce años cumplidos, la hago aparecer como de diez ú once á lo más.

Me bautizaron con los nombres de María Manuela del Carmen, Juliana, Bonifacia, Petronila, Hortensia, Luisa, Gabriela, Josefina de Jesús, y mis padres fueron don Antonio Fernández de Ubiarco y doña Luisa Avalos de Bra-

camonte, que eran entre sí inmediatos parientes. Por poco que sepa de linajes quien estas líneas lea, comprenderá que mi familia es de lo más esclarecido que existió en la Nueva España. Los condes de Miravalles, los marqueses de Uluapa, los de Prado Alegre, los barones de San Carlos, los condes del Jaral, los marqueses de Pánuco y de Guadalupe Gallardo y los mayorazgos Cañedos, están unidos á mi familia por lazos de cercano parentesco, así como también, aunque sea un poco más lejano el vínculo, los marqueses de Salinas, los condes de Regla y los del Valle.

Mi padre murió el año de 36 dejándome tan niña, que apenas, colacionando los rasgos que de su fisonomía guardo en la memoria con las líneas de los numerosos retratos que andaban por casa, he logrado reconstruir aquel semblante grave, austero, rudo, serio y triste, pero al mismo tiempo hermoso y varonil como quizás haya pocos. Mi madre, que aun era moza, contrajo nuevo matrimonio con don Juan Manuel Suárez Peredo, pariente cercano de los condes del Valle. Nadie extrañará que al hablar del hombre á quien debo todas mis desgracias, sea un poco dura; pero nadie al mismo tiempo me tachará de mentirosa ni de exagerada. Mi padrastro es vano, falso, embustero, trapalón, ignorante, necio y presumido: su figurilla de chulo, que por cierto ha venido ahora muy á menos por el estrago de la edad, es su único timbre de gloria.

A los siete años salí para Francia. Allí viví otros siete en un internado cerca de Tours, que destinaron para que me sirviera de prisión, y á los catorce regresé á mi patria, conociendo apenas el español é ignorando casi todo cuanto concernía á México. No diré aquí cuán á mi gusto me hallaba en la pensión, las amistades que contraí y el dolor con que me separé de las buenas madres, porque tales cosas no rezan con el objeto de estas memorias; pero no dejaré de contar que apenas vine al país me casé, ó, mejor dicho, me casaron, con el joven Pierre Jecker, que en concepto de mi madre y de su cuyo era el partido mejor que yo podía haber ambicionado.

Los Jecker eran aldeanos del país de Vaud; inteligentes, laboriosos y honrados, dieron educación científica á su hijo mayor, Luis, que á los veinticinco años se encontró en posesión de un título de médico y cirujano. Listo y avisado como era el nuevo mediquillo, comprendió que no podía prosperar en su país tanto y tan de prisa como deseaba, y determinó venirse á estas Indias, que son amparo de desvalidos, catapulta de ambiciosos, refugio de criminales, esperanza de pobres, medro de ricos, y norte, luz y guía de todos cuantos se desvelan pensando en la manera de adquirir ó aumentar sus caudales.

Jecker, discípulo de los más insignes prácticos franceses, trajo acá procedimientos del todo desconocidos. La punción del hígado, el batir las cataratas, las amputacio-

nes artísticas y casi matemáticas, fueron de las novedades que implantó ó de las que usó apenas se descubrieron. También fué uno de los primeros que aplicaron el cloriformo en las operaciones.

Jecker era un poquillo novelesco: se pasaba noches enteras al lado de un infeliz, que tenía por todo lecho un mísero petate, y cuando se retiraba rendido de cansancio y colmado de las bendiciones de la familia dolorida, sucedía, á la hora que los asistentes removían el camastro, que se encontraran con una onza de oro ó cuando menos unos cuantos pesos que servían para los gastos durante el tiempo que no trabajaba el paciente. En cambio, cuando á un ricacho le dolía siquiera una uña, allá iban las cuentazas, tasando los servicios á un precio que habían desconocido los pobres físicos descendientes de los que no sabían más que ponerse las quirotecas, tomar el pulso y mover la cabeza, llamando clísteres, supositorios, pediluvios y cámaras, á cosas que en cristiano tenían nombres muchísimo más prosaicos.

Don Luis era bajo de cuerpo, cargado de espaldas, lo que aquí llamamos *doblado*, de tal manera que la cabeza parecía encajada en el busto y hacía el efecto de que anduviera siempre espiando ó huroneando lo que pasaba. Tenía las mejillas llenas, la nariz gruesa y un tanto aguileña, la frente amplia, la cabeza calva, un gran bosque de barbas rubias consteladas á trechos de pelos blancos y

los ojos redondos, pero uno de ellos completamente bizco.

Con el doctor vino un hermano suyo (mi marido arribó mucho después), alto, pálido, de hermosos y enigmáticos ojos, con un conjunto de melancolía, de frialdad y de señorío, que alejaba á cuantos se le ponían cerca.

Mientras Luis curaba, Juan Bautista servía como dependiente en la casa de Montgomery, Nicod y C.^a, y con su tino, su habilidad y su trabajo, en poquísimo tiempo logró amasar (como ellos decían) un capitalito que fué el pie de altar para futuras especulaciones. Pero el verdadero núcleo de la colosal fortuna que manejó mi cuñado, fué la millonada de francos que le regaló su hermano al partir para Europa.

Don Luis estaba cansado de trabajar y ahito de ganar dinero; mas su principal dolor era sentirse inútil para el ejercicio de la cirugía. Sus dedos, que siempre habían sido toscos y duros, cuando tocaban la piel, cuando manejando el bisturí y la sierra rompían tejidos, ligamentos, músculos y huesos, se convertían en dedos de hada, de niño, de madre: no se sentía su paso, no se sabía cuándo desgajaban, hendían ni rasgaban, porque tenían un tacto tan fino que parecían parte del miembro enfermo; de tal manera sabían detenerse cuando arrancaban un grito ó hacían exhalar una queja. Pero aquellos dedos privilegiados empezaron á deformarse, á torcerse, á agarrotarse, á llenarse de lacras y dolamas á causa de la gota, y enton-

Recuerdo haberle visto echado en un sillón, con los pies cubiertos...



ces fué menester que don Luis renunciara á la cirugía.

Recuerdo haberle visto echado en un sillón, con los pies cubiertos de franelas, las piernas tapadas con una manta, la faz lívida y sudorosa, los ojos tornados en blanco y la boca llena de blasfemias. Lloraba, gritaba, se mesaba las barbas, se arrancaba puñados de cabellos y acababa por pedir, para repararse, su *medicina ordinaria*: una *tartine de foie gras* y una copa grande de champaña.

Ya en Europa, siguió peor; mas él encontró modo de no sufrir los dolores. Luego que sentía llegar el ataque se metía en un baño de agua tibia, duraba en él dos ó tres días mascando trozos de hielo, y al fin salía para entregarse á diversiones, placeres y excesos de todas clases, que en unos cuantos meses dieron al traste con la vida del médico. Los setenta ú ochenta mil duros que todavía le quedaban, fueron á poder de dos establecimientos de beneficencia de la ciudad de París.

Juan Bautista siguió diferente plan de vida. Se asoció con don Felipe Terán, mexicano muy honorable, y con don Isidoro de la Torre, español perteneciente á la vieja casa comercial de los Torres, de Burdeos, y en su compañía empezó á trabajar con muchísimos bríos. No había negocio ó especulación de importancia en que Jecker, Torre y compañía no intervinieran con beneficio propio y de los otros contratantes. Quitas y esperas, arreglos entre acreedores, compra de fincas rústicas y urbanas,

responsivas y conocimientos para adquisición de maquinaria y efectos extranjeros, y todo aquello en que pueden servir el dinero ó el crédito, era de la competencia de la casa, que en México, donde no hay bancos, hacía las veces de banco universal y aceptadísimo.

Claro que como quien menos blanca tiene en México es el Gobierno, la casa le prestaba, le descontaba, le anticipaba y le favorecía, en fin, de la manera más liberal. Los negocios subían como la espuma, y á los tres años que murió Terán y que de la Torre se separó de la negociación para formar otra nueva, cada uno de los socios vivos y la familia del difunto, pudieron sacar, limpios de polvo y paja, tres millones de francos por barba. Juan estableció otra casa, asociando á ella á su sobrino don Julio Borneque, á don Isidoro de la Torre, sobrino de su antiguo compañero, y á Pedro, mi marido, que trabajaba años hacía al lado del banquero.

Claro que nosotros no entrábamos en el arreglo sólo por el placer de Jecker; había introducido Pierre todo mi capital, que recibió al casarnos y que consistía en las haciendas de Palmillas y Piedra Grande, en la mitad de la de Amiales, en seis casas de la calle del Cuadrante de Santa Catarina, en dos de la primera de San Francisco, y en cincuenta mil duros contantes y sonantes.

La casa necesitaba en Europa un hombre activo, trabajador, listo y honrado que pudiera, en caso ofrecido,

levantar empréstitos, dar informes sobre minas, fábricas y fundiciones mexicanas, vender y comprar títulos de nuestra deuda y hacer, en fin, todo cuanto conviniera para el desarrollo de los negocios de la firma social; y se pensó que Pierre, mi marido, podía servir maravillosamente para el caso. Provisto del título de *Agente financiero secreto del Gobierno mexicano*, que le había expedido el señor Arista (y que después le renovaron, sucesivamente, Santa Anna, Alvarez, Comonfort, Zuloaga y Miramón), desembarcamos en Dunquerque, tal día como el cinco de Enero de 1853, y llegamos el ocho á París.

Nunca había visto la gran ciudad, y excusado parece decir que me dediqué á visitarla y admirarla, consagrandome á tan gratas tareas todos mis momentos libres, que eran los más.

Al mismo tiempo seguí dedicada á la lectura, devorando en francés y español cuanto me venía á la mano. A fin de rescatar un poco mi ignorancia en cosas y personas de México, me dí á leer historia, geografía, viajes, estadística y todo cuanto podía proporcionarme algunas luces acerca de mi patria. Ahora casi soy una marisabidilla, aunque, como verá el lector por la obra, sólo tiene mi curiosidad una barrera, y es la negra y maldita política, origen de todas mis desventuras.

Ya se empezaba á murmurar que pronto acabaría en matrimonio regio un idilio comenzado el año anterior en

Compiégne: la hermosa Eugenia María de Montijo, Guzmán y Portocarrero, condesa de Teba, se casaría en breve



Busto de la emperatriz Eugenia, modelado por Nieuwerkerke
(De una Ilustración de la época)

con el emperador Napoleón III, siendo el caso asombro de Europa y del mundo todo.

La señorita de Montijo descendía por su padre de Guzmán el Bueno, y tenía entre sus ascendientes al primer

conde de Teba, ennoblecido por don Fernando y doña Isabel, en premio del valor que desplegó en el sitio de Granada. Por su madre procedía de la noble familia de Closeburn, que había sido expulsada de Escocia á la caída de los Estuardos.

Pero sus timbres de nobleza eran menos claros á medida que se aproximaban los tiempos; su padre era aquel famoso *tío Pedro*, que tanto había influido en la caída del favorito Godoy, y que después se había vuelto afrancesado y acuchillado españoles bajo las órdenes de Murat, sin dejar de firmarse Guzmán, Fernández de Córdoba, la Cerda y Leiva, Conde de Montijo, Baños, Mora y Teba, grande de España de primera clase...

La madre, doña María Manuela de Closeburn, era el tipo de la suegra de comedia española, de la vieja que tiene una hija y la muestra, mueve, enseña, zarandea y presenta como si fuera una joya, una mina, una propiedad inmueble ó un caballo de buena raza. No hay playa europea que no recuerde haber sentido holladas sus arenas por los piecitos de la *jolie espagnole* y por los feos de la madre.

Cuentan las crónicas, que en 1850 la Montijo se hizo notar por su asiduidad en asistir á las tertulias del Elíseo; que en 1851 estuvo en Compiégne; que un día, á pesar de su habilidad en la equitación cayó del caballo, y aunque prontamente pudo valerse, enseñó el arranque de una so-